

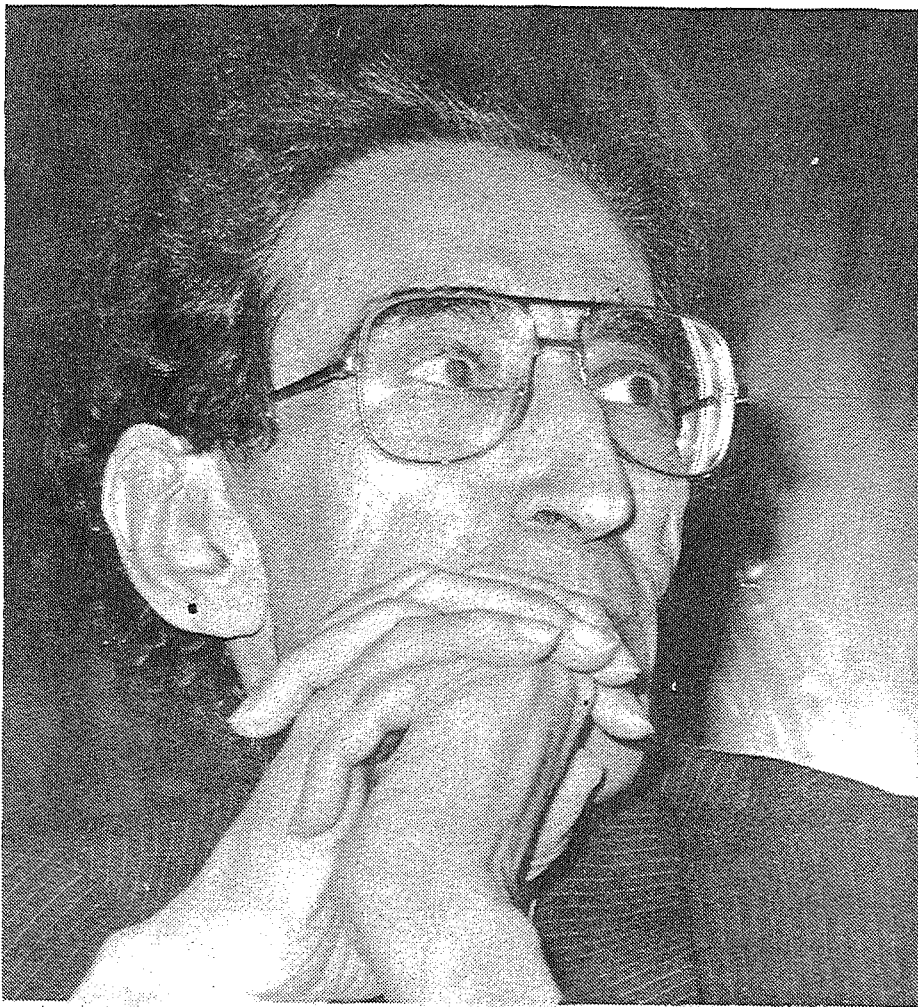
Lo que sigue es la breve introducción que improvisara Emir Rodríguez Monegal para la única conferencia que dio en Montevideo, dentro del Seminario Internacional sobre Teoría y Crítica Literaria, que comenzó hace unas semanas con la presencia de Jacques Derrida.

Quisiera decir algunas palabras sobre una persona que ha hecho posible este acto. Es muy conocida de ustedes: la profesora Lisa Block de Behar. Ella estuvo en Yale, habló con todos nosotros, los que estamos trabajando allí, y sobre todo con un grupo de críticos de lo que se llama la "Escuela de Yale". Una escuela tan veloz que ya ha desaparecido, pero que dejó una agradable huella, sobre todo en la literatura. A ella se le ocurrió una idea que parecía imposible: la de llevar a algunos de estos críticos, extraordinariamente esotéricos en primer lugar en Yale, a Montevideo. La idea era tan descabellada que resultó sencilla. Es decir: no iban a ser estos críticos, difíciles de comprender en cualquier parte del mundo, menos incomprensibles en Montevideo.

Algunos de ellos eran personalidades que creo que han sido discutidas casi desde el momento en que abrieron la boca o escribieron una línea. Es el caso de Jacques Derrida, que ustedes ya han visto y conocido. Habrán notado que no tiene cuernos, que no devora a la gente con su mirada, y que es una de las personas más interesantes a mi juicio porque cree lo que pocos, aunque crean, se animan a practicar: que el discurso filosófico no es cerrado, sino abierto, y que nadie es dueño de la verdad. Que los dueños de las verdades son las personas más pobres del mundo, porque no saben que de lo que son dueños es de baratijas.

Derrida ha sido principalmente lo que se llama un desconstructor. Es decir una persona que es capaz de pensar la filosofía como un proceso abierto que se continúa infinitamente. Cuando alguien lo aniquila, él se queda muy contento porque sabe que después

Apenas un lector



puede venir otra cosa. El fue un poco el espíritu motor de lo que se llama desconstrucción. Luego están naturalmente Paul de Man (que lamentablemente falleció y que era un hombre de una inteligencia y claridad excepcionales; ojalá lo hubiéramos podido tener aquí),

J. Hillis Miller y Geoffrey Hartman, a quien tendrán oportunidad de conocer.

Básicamente este grupo está unido más por la hostilidad de quienes no lo entendieron que porque estuvieran ellos formando una patota. Yo no tengo casi ningún otro título para participar en

este grupo que el haber sido conocido de algunos de ellos. Quienes me han leído saben que no soy una persona de teorizar o de aferrarse a las teorías. Yo en el curso de mi vida he pasado por tantas metamorfosis que sólo a mí me importa saber cuántas. De manera que estoy en este grupo simplemente porque trabajo en Yale, pero no soy desconstruccionista en el sentido técnico de la palabra, sino apenas un lector de ellos.

Lisa vio todo esto como algo que se pudiera realizar. Y luchando contra viento y mareas, encontró una manera de lograrlo que ahora que está ocurriendo parece sencillísima, pero que es, les aseguro, una de aquellas que, como decía Quiroga, le ponen a uno el pelo blanco por dentro. Yo quisiera hacer, no un homenaje sino un agradecimiento. Decirle: querida Lisa, gracias por creer en lo imposible, porque cuando se cree en lo imposible, resulta posible.

Mi conferencia tiene un título tan aterrador que el primero que se asusta soy yo. Pero este título aterrador es, como decían los franceses en una época: *pour la gallerie*. Es para ver si la gente siente cosquillas, y tiene ganas de venir a ver qué pasa. En realidad es de una sencillez tal que espero que, cuando termine, no me echen en cara haberlos traído a perder el tiempo. Mi pequeña contribución a la desconstrucción es señalar que en el momento en que se está formando, en que todavía no se ha formado la escuela desconstruccionista, tres de las figuras que van a ser más importantes buscan en Jorge Luis Borges, este argentino loco, delirante, una forma de escritura que de alguna manera los está apoyando. Eligen Borges. De ahí el título catastrófico de la conferencia: *Borges, De Man, Derrida, Bloom: la desconstrucción avant et après la lettre*. Esto último es un jueguito. *Avant la lettre* quiere decir "antes de que ocurra". Pero puse también *après* para compensar un poquito, y para hacerme el vivo.

Emir Rodríguez Monegal ③



ANCAP

DIVISION COMBUSTIBLES LICITACIONES PUBLICAS

Lic. Pca. N° 0/0803 - Compra de calzado de seguridad para el personal de la División. Apertura: 19 de diciembre de 1985 Hora: 15:00 Valor del pliego: N\$ 300,00

Lic. Pca. N° 0/0804 - Compra de caños de acero sin costura. Apertura: 2 de enero de 1986 Hora: 14:00 Valor del pliego: N\$ 900,00

Lic. Pca. N° 0/0805 - Compra de resina estabilizadora de emulsión asfáltica. Apertura: 2 de enero de 1986 Hora: 15:00 Valor del pliego: N\$ 300,00

Para recabar los pliegos de condiciones respectivos los interesados deben dirigirse en días hábiles de 6 a 16 horas a la División Combustibles (CAJA) sita en Humboldt s/n LA TEJA. La recepción y apertura de ofertas tendrá lugar en la Sala de Licitaciones del Edificio ANCAP (Avda. Libertador Brigadier General Lavalleja y Paysandú) 1er. piso.

Emir Rodríguez Monegal

Desde Aries a la Biblioteca

En la memoria sensorial más que analítica (a la que nada le costaría sacar una "ficha" con los títulos de sus libros, su fecha de nacimiento, etc.) Rodríguez Monegal es ante todo para mí el inquieto, incluso camorrero director de una revista que se llamó Mundo Nuevo, y que llegaba al páramo provinciano de Rosario, en Argentina (más concretamente a Aries, una pequeña librería manejada por un poeta: Rubén Sevlever), como la posibilidad mensual de entrar en contacto con algo que todavía no había dado en llamarse boom de la literatura latinoamericana. Allí se anunciaba la próxima aparición de una novela tal vez importante: Cien años de soledad. O aparecía un texto que golpeaba como un rayo en la frente: El huevo y la gallina, de Clarice Lispector. O entrevistas que revelaban el otro lado de la literatura, a veces en exceso. Como toda buena revista, era una publicación nada hierática, contradictoria, un espacio con el que se podía incluso —o tal vez sobre todo— pelear, discutir.

Más tarde vinieron un libro utilísimo sobre Quiroga, otro que al fin me guió en ese laberinto que terminaría por atraerme hasta coincidir biográficamente con su sitio de producción: la literatura uruguaya. Otro, confieso que menos disfrutable para mí, sobre literatura latinoamericana. Y más tarde, sólo de vez en cuando, un artículo de o sobre Monegal en alguna revista.

A través de todo ese tiempo fue brotando de los textos la "persona" que los escribía, que seguramente nada tenía que ver con la real. Alguien que se complacía en la broma sesgada, que era más partidario del aparte que del núcleo, adicto a las anécdotas, a recordar detalles mínimos. Una personalidad que, relativamente quieta y apoyada en innumerables lecturas, buscaba el punto débil del contrario, y después entraba en acción con una técnica muy criolla de pelear que consiste en la serie de golpes pequeños, más irritantes que mortíferos, y en el esquivar velocísimo: ese modesto equivalente de las artes

marciales que, al menos en el Litoral, oí llamar "visteo".

La imagen coincidía con las fotos, un desarrollo lógico, robusto de la foto infantil que acompañó aquí, en JAQUE, un adelanto de las memorias de Monegal. El contacto con su imagen real, física, hablante, no pudo ser más desconstructor (por emplear el manido término) de esa pre-imagen que por momentos había sido prejuicio.

Perdido en un saco enorme, un hombre frágil que aparenta ser alguien de apenas 30 ó 35 años muy enfermo, con voz cortés, delgada, paciente y hasta humorística para con su propia penuria física desgrana en la Sala Vaz Ferreira sus lecturas, sus conocidos, la alegría de estar en Montevideo. Al día siguiente, en la conferencia de Haroldo de Campos, intentaría presentarlo y la emoción le agudizaría la voz hasta quebrársela, en una ola de tristeza provocada tal vez por volver a palpar las largas conversaciones nocturnas por las calles de San Pablo con su robusto y barbado amigo, que le apoyó una mano también emocionada en la rodilla.

Elvio E. Gandolfo ③